



PORTADA

INFORMACIÓN GENERAL

CONSEJO EDITORIAL

ENVÍO DE ORIGINALES

NÚMEROS ANTERIORES

INDEXACIÓN BASES DE DATOS

CREATIVE COMMONS

BÚSQUEDAS

CONTACTO

DENTRO DE C&S

OK



Reseña /

Albert CHILLÓN

Periodismo y literatura. Una tradición de relaciones promiscuas

Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, 1999, 470 pp.

Albert Chillón tiene el empuje de los pioneros. Y la constancia de los buenos investigadores. Sólo una combinación adecuada de ambas cualidades explica que salga a la luz Literatura y periodismo. La audacia de los aventureros le ha permitido avanzar por los intrincados mundos de la retórica, la lingüística, la semiótica y la narratología a la caza de los instrumentos metodológicos y conceptuales necesarios para ahondar en la fundamentación teórica de los estudios periodísticos. Y la tenacidad le ha llevado a unos resultados esperanzadores. Esperanzadores para quienes pensamos que la veta de las relaciones entre la literatura y el periodismo está casi intacta en España. Como muy bien explica Chillón, pocos estudiosos de la literatura y pocos manualistas de redacción periodística se han acercado a este venero de abundantes aguas. En la escasa bibliografía sobre el tema -los libros de Acosta Montoro y Aguilera, el coordinado por Palomo, y los artículos más teóricos de Lázaro Carreter y Coseriu-, Chillón ocupaba ya un lugar destacado ("Literatura y periodismo -escribe en el prefacio- es compendio y revisión de trabajos míos anteriores, casi todos ellos publicados originalmente en lengua catalana", p. 18) que ahora se confirma. La penuria bibliográfica (que quizá le ha llevado a una crítica acerada a la tradición de los estudios periodísticos, no del todo ecuánime y justa) no le ha impedido alcanzar metas válidas en esta etapa de su investigación. No obstante, Chillón plantea el libro como un punto de partida: "No me ha movido el vano empeño de decirlo todo sobre una temática a todas luces inabarcable, sino simplemente el propósito de destilar un conocimiento esencial acerca de ella, susceptible de ser completado y mejorado por posteriores investigaciones propias o ajenas" (p.17).

Efectivamente, se requieren muchos estudios monográficos para completar la historia del periodismo literario que esboza en las secciones segunda ("La tradición") y tercera del libro ("Los nuevos periodismos"): hay que descender al detalle y afinar las pinceladas gruesas y los trazos fuertes del cuadro que Chillón pinta. Acierta con la apretada síntesis de las influencias de la novela realista, la prosa literaria testimonial y la narrativa científica en la configuración del periodismo literario. También destaca la presentación de los nuevos periodismos norteamericano, europeo, latinoamericano y español, que le permite sacar a escena los mejores periodistas literarios de nuestros días, algunas de cuyas piezas escancian el recorrido histórico alejándolo de un acta nominal.

Por otro lado, la teoría que articula en la sección primera ("Las relaciones entre literatura y periodismo, a la luz de la consciencia lingüística") merece un debate sereno, que se enriquezca con las reflexiones de los estudiosos de la literatura y la comunicación. Sería una lástima que no salieran a la palestra voces, expertas y nuevas, que discutieran las afirmaciones que desgrana el profesor de la Universidad Autónoma acerca de asuntos tan controvertidos como la definición de literatura, la concepción de todo decir como un acto de ficción, la identificación entre lenguaje y pensamiento ("toma de consciencia lingüística" le llama), la deconstrucción de la noción de "realidad"... Al margen del grado de coincidencia o de desacuerdo con Chillón, sus tesis, dada la hondura epistemológica sobre la que se asientan, merecerían a mi juicio un razonamiento más pausado, sin saltos en la trama argumental, comprensibles por razones de extensión. Por ejemplo: no es lo mismo decir que lenguaje y pensamiento se identifican, que subrayar una estrechísima relación entre ambos; no es lo mismo decir que todo uso del lenguaje, por muy referencial que sea, implica una construcción textual, que identificar esa construcción con una ficción (que en los estudios literarios tiene el sentido de fabulación); no es lo mismo decir que la realidad siempre se conoce subjetivamente que afirmar que sólo hay realidades subjetivas... Otras cuestiones suscitarán menos polémica por más aceptadas en la comunidad investigadora, por ejemplo, el carácter retórico de la comunicación periodística y la objetividad como un ritual expresivo que oculta su propia retórica. En cualquier caso, me parecen especialmente lúcidas, por los problemas que resuelven, la definición que propone Chillón de literatura ("modo de conocimiento de naturaleza estética que busca aprehender y expresar lingüísticamente la calidad de la experiencia", p. 70) y, al margen de las denominaciones, la clasificación entre los distintos tipos de enunciaciones: facticias (documentales: veraces y con un alto grado de verificabilidad; y testimoniales: veraces, pero de escasa verificabilidad) y ficticias (realistas, fabuladores y falaces). Por cierto, quizá sea precisa una explicación más detallada de su noción de "realidad" y "conocimiento" para superar lo que parecen ciertas contradicciones entre esas nociones y los distintos tipos de enunciados. Si, al fin y al cabo, sólo existen "realidades subjetivas múltiples e inevitables" que "adquieren sentido para uno y son comunicables para los demás" (pp. 28 y 29), no se ve qué sentido puede tener la verificación, que, por esencia, implica una cierta referencialidad.

Las propuestas con las que cierra el libro ("Un apéndice metodológico") abren un panorama investigador no sólo sobre las relaciones ente el periodismo y la literatura, sino también sobre asuntos netamente periodísticos que pueden beneficiarse de los avanzados estudios literarios. De hecho, aparte de los que el propio Chillón menciona en el libro, ya se han dado algunos pasos en el ámbito de los géneros periodísticos. Algunos trabajos estudian los géneros periodísticos a la luz de las tipologías textuales desarrolladas por la lingüística (Vilarnovo y Sánchez, 1992) o se sirven del soporte especulativo elaborado por la teoría de los géneros literarios (Gomis, 1989; Sánchez y López Pan, 1998). En cualquier caso, queda un amplio campo para la investigación en los distintos frentes que Chillón menciona: el historiográfico, el temático, el morfológico y el genológico.

A los aciertos en las ideas, hay que añadir la tersura del estilo y la riqueza del vocabulario que hacen disfrutar al lector y demuestran el provecho que Chillón ha sacado de un abundante, variado y selecto patrimonio de lecturas. Además, se agradece que las piezas literarias, los pasajes periodístico-literarios y las obras de referencia teórica se engasten armónicamente en los capítulos adecuados, sin caer nunca en una erudición farragosa e inútil.

